



GÓTICA

El que abre el camino

24 historias macabras del maestro del horror

ROBERT BLOCH

Robert Bloch (1917-1994) quedó cautivado por las Historias fantásticas y de terror desde que, a los nueve años, descubriera a Lon Chaney en la versión muda de la película «El fantasma de la Ópera» (1925). Semejante revelación pronto daría paso a la febril lectura de Poe, Arthur Machen y los relatos publicados en la revista *Weird Tales*, en especial aquellos firmados por H. P. Lovecraft, con quien empezó a cartearse a los dieciséis años. Pronto esta revista vería aparecer su primer relato, “El secreto de la tumba” (1934).

Bloch escribió más de trescientos cuentos de terror, misterio y ciencia ficción, así como veinticinco novelas entre otras la famosa «Psicosis» (1959), pero también tuvo un papel relevante en los comienzos de la televisión como guionista de doce capítulos para la teleserie «La Hora de Alfred Hitchcock» o, posteriormente, como autor de tres Historias originales para la mítica serie «Star Trek» en su primera época. «El que abre el camino» (1945) reúne los primeros relatos escritos por Robert Bloch, y entre ellos encontramos desde historias inspiradas por los temas clásicos del terror, como “Madre de las serpientes” (sobre los misterios del vudú), “El que abre el camino” y “Los ojos de la momia” (de ambientación egipcia), o el destacable “Suyo afectísimo, Jack el destripador” (en el que el asesino de Whitechapel reaparece en Boston en los años cuarenta), Hasta cuentos de Horror cósmico, en la línea de Lovecraft, como “El vampiro estelar” (protagonizado por un místico de Providence, doble de su maestro y amigo HPL), “El dios sin rostro” o “El demonio negro”.

El volumen recoge, además, tres de los últimos relatos de Bloch, escritos en 1991: “Las cuatro esquinas de la cama de la vida”, “Atrapada en el saco” y “Un exhorto creativo”.

LA CAPA

(The Cloak)^[1]

Moría el sol y su sangre salpicaba el cielo mientras se deslizaba a un sepulcro que había tras las colinas. El viento como un cuchillo llevaba las hojas caídas y secas de los árboles hacia el oeste, como si las condujese al funeral por el sol.

—¡Mierda! —exclamó Henderson para sus adentros y se detuvo pensativo.

El sol se ponía en el cielo sucio y lúgubre mientras una ráfaga de viento ominoso barría hasta una alcantarilla las hojas a medio pudrir. ¿Para qué perder el tiempo pensando en todo aquello?

—¡Mierda! —exclamó Henderson de nuevo.

Quizá todo fuera sólo la consecuencia de evocar el día en el que estaba, se dijo. Después de todo, era la puesta de sol de Halloween. La de aquél día sería la noche de Halloween, cuando los espíritus salen de paseo con sus calaveras a cuestras tras abandonar sus tumbas excavadas en la tierra.

En cualquier caso no se trataba más que de otra jodida noche de frío. Hubo un tiempo, recordó, en que aquella noche significaba algo. La oscura Europa, sumida en sus aterradoras supersticiones, dedicó esta noche a lo desconocido que sonríe tétricamente. Se atrancaron un millón de puertas para impedir las visitas diabólicas; se dijeron un millón de oraciones; se encendieron un millón de velas. Pero

hubo algo realmente majestuoso e imponente en aquellas ideas, se dijo Henderson.

La vida era una auténtica aventura en aquellos tiempos, los hombres iban aterrorizados de un lugar a otro, sin saber qué les depararía el próximo recodo del camino. Vivían en un mundo de demonios y fantasmas, de sentimientos elementales que atribulaban sus almas... Era un tiempo en el que el alma del hombre aún tenía un significado... El escepticismo de ahora, sin embargo, había acabado con los profundos significados de la vida. Los hombres ya no reverenciaban sus almas.

—¡Mierda! —se dijo Henderson de nuevo, automáticamente.

Era realmente cruda y grosera esa expresión descreída con que el siglo XX contempla los profundos terrores anidados en el corazón del hombre, y también sus fantasías.

La voz que en su cabeza decía «mierda» tomó entonces, para Henderson, el lugar de la humanidad entera, esa humanidad que bien podría hacerse eco de sus sentimientos de aquel instante, y hasta de sus pensamientos más secretos. Así que Henderson volvió a soltar la palabra esforzándose por olvidar cualquier problema y cuestiones tan grandilocuentes como aquéllas.

Caminaba calle abajo en aquella puesta de sol para alquilar algo con que disfrazarse para el baile de máscaras de la noche, y mejor haría, por ello, en concentrarse en lo que buscaba, y en darse prisa en vez de consentir en aquellas ensoñaciones en estado de vigilia, pues el de la tienda cerraría antes que otros días, seguro, precisamente por ser la noche de Halloween.

Sus ojos escrutaban el final de la calle, a través de las sombras que arrojaban los edificios que se alzaban a ambos lados. Echó de nuevo un vistazo al número de la calle en el que estaba la tienda, dirección que había obtenido en el listín telefónico.

¿Por qué diablos no encendían las luces y los escaparates de las tiendas, cuando ya comenzaba a oscurecer? Apenas podía ver los números de los edificios. Ciertamente que era un vecindario poco menos que en ruinas, pero así y todo...

De repente se detuvo Henderson para echar un vistazo más detenido a la calle y arrancó raudo después para llegar al final. Se detuvo ante el escaparate de la tienda y miró. Los últimos rayos del sol parecían deslizarse desde lo alto del edificio para amustarse en el escaparate. Henderson tomó aire y lo soltó de golpe.

Estaba ante aquel escaparate, que parecía cuanto menos una fisura en la puerta de entrada al infierno. ¿Por qué todo allí era rojo, rojo fuego y brillante, un rojo fuego brillante que parecía descubrir la cara de los demonios?

—¡Bah, la puesta de sol! —se dijo Henderson, ahora en voz más alta.

Era cierto, desde luego. Y aquellas caras demoníacas no eran más que máscaras; la especialidad, por lo que parecía, en una tienda semejante. Poca cosa, pero que había hecho volar su imaginación. Sin más, empujó la puerta y entró.

La tienda estaba a oscuras y vacía. Olía a soledad. Ese olor que llena los lugares largamente deshabitados, o cuyo silencio y vacío llevan mucho tiempo inalterables. Algo así como las tumbas, las cuevas en los bosques, las simas en la tierra y...

—¡Mierda!

Pero ¿qué demonios le ocurría? Henderson sonrió en medio de la oscuridad como si quisiera disculparse consigo mismo. Aquello no era más que el olor de esa tienda, una tienda de alquiler de disfraces y máscaras, que lo retrotrajo a sus días de colegial, cuando participaba en funciones teatrales. Henderson conocía bien aquel olor a naftalina, a cuero viejo, a maquillaje... En una de aquellas funciones de colegio había interpretado el papel de Hamlet y había manoseado, por ello, una calavera con las cuencas de los ojos

convenientemente vacías. Una calavera de tienda de disfraces.

Bueno, pues allí tenía una calavera, y eso le dio una idea. Al fin y al cabo era la noche de Halloween. La verdad es que aquel ambiente no le inspiraba vestirse de pirata, ni de turco, ni de rajá... ¿Por qué no disfrazarse de demonio, o de hombre lobo, o de brujo? No estaría mal ver la cara que ponía Lindstrom al verlo llegar así al elegante ático en donde celebraría su fiesta. El tipo quería quedar bien ante toda aquella gente digna de una crónica de sociedad de Elsa Maxwell. A Henderson le traían sin cuidado los sofisticados amigos de Lindstrom, en cualquier caso; no eran más que una panda de aficionados, de petimetres que pretendían imitar a Noel Coward, y ellas, mujercitas que sólo servían para lucir joyas. ¿Por qué no ser fiel, pues, al espíritu de la noche de Halloween y disfrazarse de monstruo?

Allí estaba Henderson, a oscuras, esperando que alguien encendiera la luz y lo atendiese tras salir de una vez por todas de la maldita trastienda. Un minuto después comenzó a impacientarse y golpeó el mostrador con la palma de la mano.

—¿Es que no hay quien atienda aquí?

Silencio.

Un poco después se dejó sentir en la trastienda un sonido, una especie de crujido; algo, en fin, no muy agradable de oír en aquella oscuridad. Supo Henderson entonces que el sonido venía del sótano, y era el de unas pisadas en los escalones de madera que conducían a la tienda. Henderson miró atentamente. Un bulto negro y grande parecía levantarse del suelo lentamente.

Salía, desde luego, de la trampilla del sótano. El bulto se reveló al fin como un hombre que llevaba una linterna en la mano. A tan escasa luz vio Henderson que tenía los ojos soñolientos y que parpadeaba.

Aquel hombre de rostro macilento sonrió y fue como si su cara de papiro se rasgase.

—Me había quedado dormido, creo —dijo el hombre—. ¿En qué puedo ayudarle?

—Quiero un disfraz para Halloween.

—Sí, claro... ¿Ha pensado en algo?

La voz de aquel hombre era débil y cansada, muy cansada. Sus ojos parpadeaban constantemente, su cara parecía ahora amarillenta.

—No mucho, me temo... Verá, quiero disfrazarme de monstruo para ir a una fiesta... ¿Tiene algo así?

—Puedo enseñarle algunas máscaras...

—No, quiero algo más... real, más auténtico...

—Bien, más auténtico... Una cosa auténtica...

—Sí.

¿Por qué aquella palabra, *auténtica*, le produjo tanta tensión?

—Creo que puedo ayudarle. Sí, me parece que tengo justo lo que busca, señor —siguió parpadeando el de la tienda pero su boca se esforzó en sonreír—. Tengo algo perfecto para una fiesta de Halloween.

—Bien, ¿de qué se trata?

—¿Ha contemplado la posibilidad de vestirse de vampiro?

—¿Como Drácula?

—Ya, claro... Como Drácula, supongo...

—No es mala idea... ¿Le parece que tengo el tipo para disfrazarme así?

El hombre le recorrió con la mirada sin dejar de sonreír.

—Hay vampiros de todos los tipos, señor —dijo—. Usted quedaría muy bien disfrazado de vampiro.

—Le agradezco mucho el cumplido —dijo Henderson, burlón—. Quizá tenga razón... ¿Por qué no? Bien, ¿dónde tiene el traje?

—¿El traje? Bastará con que se ponga usted uno convencional, un traje de noche, o el que desee lucir... Yo le daré la capa apropiada.

—¿Una capa? ¿Eso es todo?

—Basta con una capa. Bueno, se trata de una capa un poco desgastada, como un sudario... Sí, eso es, un sudario, ya sabe... Espere, voy a buscarla.

El hombre se deslizó hasta la trampilla del sótano arrastrando los pies y se perdió escalera abajo. Henderson se quedó esperando. El otro no tardó mucho en presentarse de nuevo, con la capa. En el camino había ido sacudiéndole el polvo.

—Aquí la tiene, una capa genuina...

—¿Por qué genuina?

—Permita que se la pruebe... Le quedará perfectamente, estoy seguro.

La capa, fría y pesada, cayó sobre los hombros de Henderson. El fuerte olor que desprendía atascó sus fosas nasales, a pesar de lo cual buscó un espejo en el que mirarse. La luz era pobre, pero así y todo comprobó Henderson que la capa, por sí sola, transformaba por completo su apariencia. Su rostro anguloso y largo parecía más huesudo y enteco; sus ojos parecían más grandes en medio de la intensa palidez de la cara. Era una capa negra y larga.

—Una genuina capa —musitó el viejo de la tienda.

Henderson no le había visto acercarse a través del espejo.

—Vale, me la llevo... ¿Cuánto es? —preguntó.

—Se sentirá muy bien con ella...

—¿Cuánto es? —insistió Henderson.

—¡Ah, bueno! Cinco dólares, digamos...

—Aquí los tiene.

El viejo tomó el dinero, parpadeando aún más, y quitó la capa de los hombros de Henderson, que volvió a sentirse tibio. Supuso que en el sótano, de donde había llevado la prenda aquel hombre, hacía mucho frío.

El viejo plegó convenientemente la capa. La envolvió y se la entregó al cliente con una amplia sonrisa.

—Se la devolveré mañana —prometió Henderson.

—No será necesario. Quédesela si le gusta. Se la regalo.

—Pero...

—Liquidaré el negocio en breve... Quédesela, estoy seguro de que sabrá darle usted a esa prenda un uso conveniente.

—Es que...

—Que se divierta usted esta noche, caballero...

Henderson se dirigió a la puerta un tanto confundido. Ya iba a salir cuando se volvió con la intención de decir adiós al viejo sumido en la oscuridad, a aquel viejo que no dejaba de parpadear.

Pero vio entonces, tras el mostrador, dos ojos brillantes, ardientes, que no parpadeaban.

—Buenas noches —dijo Henderson, y cerró la puerta a sus espaldas mientras se preguntaba si no estaría volviéndose loco.

A eso de las ocho estuvo a punto de llamar a Lindstrom para decirle que no podría asistir a su fiesta, que no se encontraba bien. Un frío intenso lo había dejado helado cuando ya en casa volvió a probarse la capa; tan mal se sentía que al mirarse en el espejo se vio borroso.

Tras un par de tragos, sin embargo, volvió a entrar en calor y a sentirse bien. Como no había probado bocado, el alcohol corrió vertiginosamente por su sangre. Se probó de nuevo la capa y paseó con ella puesta por el apartamento, mientras ensayaba gestos y maneras con las que parecer aterrador... ¡Caramba! ¡Pero si parecía un vampiro de verdad! Luego pidió un taxi por teléfono y bajó al vestíbulo del edificio. Ya estaba embozado en su capa, en la acera, cuando llegó el taxi.

—Me gustaría que me llevara... —comenzó a decir.

—Claro, dígame...

—Le he llamado para que... —dijo Henderson con voz gutural, mientras volvía a temblar de frío al punto de querer quitarse la capa, cosa que al cabo no hizo.

—Sí, muy bien, dígame...

Arrancó al fin el coche. Henderson se hundía en el asiento de atrás.

—Usted dirá, jefe... Perdón, señor...

Temeroso, aunque sin saber por qué, el taxista no quería ver la cara de su cliente mientras Henderson le indicaba la dirección a la que dirigirse.

Al fin echó una mirada rápida a Henderson, que parecía aún más hundido en el asiento de atrás. Entonces comenzó a reírse el pasajero, y el taxista a experimentar una cierta sensación de pánico, por lo que pisó el acelerador hasta poner su vehículo al límite de la velocidad admitida por las autoridades. Henderson se reía ahora a carcajadas, y el taxista, un hombre muy impresionable, conducía rígido, como clavado en su asiento. Por suerte llegó pronto al punto de destino, Henderson pagó la carrera y se apeó sin más del taxi, yéndose incluso sin esperar a que el conductor le diese la vuelta.

—Debo tener una pinta de veras impresionante —se dijo muy complacido mientras esperaba el ascensor.

Cuando llegó el ascensor, había ya tres o cuatro personas más aguardándolo; Henderson ya los conocía de otra fiesta en el ático de Lindstrom, pero ellos no parecieron reconocerle, cosa que le gustó mucho. Sobre todo le gustaba comprobar el aspecto tan distinto al suyo habitual que le daba aquella capa, una simple capa. Los otros iban vestidos con mucha propiedad, tal y como lo exige la etiqueta de un baile de máscaras. Una dama parecía salida de un cuadro de Watteau, iba disfrazada de pastorcilla; la otra iba de bailaora española, y un tipo muy alto se había vestido como para protagonizar la ópera *Pagliacci*, mientras el otro llevaba puesto un traje de torero. Aun así, Henderson los había reconocido a todos perfectamente; en realidad, aun disfrazándose, no pretendían otra cosa que seguir siendo lo que eran, gente de muy buena posición. Los hay que aprovechan un baile de disfraces para vestirse como más íntima-

mente les gustaría hacerlo a diario, para dar rienda suelta a sus deseos reprimidos, y hay gente que se viste en estas ocasiones para realzar su aspecto, para sugerir, incluso, que pueden ir mucho más allá de lo que se piensa. Aquellas dos mujeres en realidad no hacían otra cosa que resaltar sus magníficas siluetas, y aquellos dos hombres no pretendían sino acentuar su masculinidad y atractivo, como lo hacen un torero o un cantante de ópera. Son cosas que mueven a la compasión, pues resultan un tanto lamentables. Estos pobres tontos, en el fondo, van a los bailes de máscaras para satisfacer sus anhelos reprimidos, para dar gusto a su imaginación devastada; por eso acuden a una teatralidad elaborada, aunque al cabo todo parezca una simple puesta en escena de aficionados. ¿Por qué no se atreven a salir así vestidos a la calle? No era la primera vez que Henderson pensaba en estas cosas.

Claro que los que subían con él en el ascensor eran un par de hombres y un par de mujeres de muy buen ver: saludables, hermosos, llenos de vitalidad. Cuellos bien conformados, en ellas, y robustos los de ellos. Henderson se detuvo en la contemplación de los brazos de la mujer que iba a su lado, la disfrazada de pastorcilla. Estuvo mirándola largo rato, de tal manera que los otros se agruparon en un rincón de la cabina, como atemorizados. Pero él no se dio cuenta. Seguía mirando intensamente a la mujer, y ésta, incómoda, a punto estuvo de abrir la boca para decirle algo, cuando el ascensor se detuvo en el ático. Entonces desvió los ojos de ella. Entonces reparó en el miedo con que lo habían contemplado.

¿Qué diablos pasaba? Primero, el taxista; ahora, éstos... Miradas extrañas, como si no se notase que iba disfrazado... ¿Quizá se había pasado con los tragos para entrar en calor?

Bueno, no era el momento de considerar tal posibilidad. Allí tenía a Marcus Lindstrom, que le ponía una copa en la mano.

—¡Mirad quién ha venido! ¡Ah, gran canalla, golfo! —no hacía falta fijarse mucho para ver que Lindstrom, que así saludaba su presencia, estaba ya un tanto borracho, como en todas las fiestas. Alto y corpulento, el anfitrión nadaba en alcohol.

—Bebe un trago, Henderson, camarada... Date prisa antes de que me acabe todas las botellas... Mira, la verdad es que tu disfraz me ha impactado, debo reconocerlo, estás magnífico. ¿Dónde lo has conseguido? ¿Y ese maquillaje tan perfecto?

—¿Maquillaje? No me he puesto ni una gota de maquillaje...

—¡Ah, ya, claro, claro que no! ¿Es que me tomas por tonto?

No, Henderson no lo tomaba por tonto; sólo se preguntaba si el otro, más que estar borracho, no se habría vuelto loco. Pero ¿de veras empalidecía Lindstrom de tal manera sólo por verle? ¿De veras estaba a punto de desmayarse? Ciertamente, el tipo tenía una intoxicación etílica notable.

—Yo... Bueno... Te veré más tarde... —acertó a decir Lindstrom entre balbuceos y se alejó de él para acudir a dar la bienvenida a otros invitados que llegaban.

Henderson se quedó mirando el cuello de Lindstrom mientras se alejaba. Era un cuello robusto y muy blanco. Rebosaba la camisa de su traje de etiqueta y mostraba una vena gruesa. Una vena gruesa en el poderoso cuello de Lindstrom. En el cuello del aterrorizado Lindstrom.

Henderson siguió allí, solo en el vestíbulo. Del salón llegaban fragmentos de conversaciones, risas, música... Los sonidos de una fiesta de lo más animada. Henderson dudaba a propósito de hacer su entrada en el salón o seguir donde estaba. Bebía de su copa de ron Bacardí, fuerte y confortador. Aquello no mezclaría del todo mal con las copas que se había tomado en casa. Pero bebía sin dejar de hacerse preguntas... ¿Qué pasaba, a fin de cuentas, con su disfraz de vampiro y con él mismo? ¿Por qué parecían te-

merle? ¿Acaso actuaba inconscientemente como si fuera un vampiro? ¿A tal punto había asimilado el rol que le confería su disfraz? ¿Y aquella tontería del maquillaje que había dicho Lindstrom?

Llevado por un mero impulso, Henderson se volvió para contemplarse en el gran espejo del vestíbulo. Había luz suficiente. Se acercó cuanto pudo. Pero no vio nada.

Se miraba en el espejo y no se veía.

Henderson comenzó a reírse bajito, despacio, demoníacamente, con una risa agolpada en su garganta. Y mientras reía así, mirando aún al espejo en el que no se observaba, su risa se volvió una especie de graznido, un grito lamentable.

—Estoy borracho —musitó para sí—. Me he debido de emborrachar bien a modo... En el espejo de mi apartamento sí que me he visto, aunque un poco borroso, y ahora ni me adivino... Y encima me parece que estoy haciendo el ridículo, pues la gente me rehúye... No, verás... Si hasta voy a tener alucinaciones... aunque puede que tampoco las vea. Las alucinaciones, digo... Ángeles, cosas así...

Hablaba muy para sí, muy bajo, con voz gutural.

—Ya verás cómo se me acaba apareciendo un ángel... No, si ya lo tengo ahí, a mi espalda, junto a mi hombro derecho... ¡Hola, angelito de la guarda!

—Hola.

Henderson se volvió de golpe. Allí lo tenía... Allí la tenía, mejor dicho, cubriéndose también con una capa negra, la melena como un halo que enmarcara su pálido rostro, su hermosa y sonriente cara, su gesto de orgullo, sus ojos de un azul celestial, sus labios de un rojo infernal.

—¿Eres real? —preguntó Henderson con mucha gentileza—. No, bueno, seguro que me dices que soy un imbécil por creer en los milagros...

—Este milagro que contemplas se llama Sheila Darryl, y va a empolvarte la nariz, con tu permiso...

—Claro, por favor... Hazlo ante este espejo que te ofrece cortésmente Stephen Henderson —dijo el hombre de la capa, sonriendo ahora.

Se apartó del espejo sin dejar de mirarla.

La joven le respondió sin palabras, sonriéndole deliciosamente.

—¿Es que nunca has visto a una mujer empolvarse la nariz? —dijo después sin dejar de sonreírle.

—Nunca supuse que los ángeles se maquillaran —replió Henderson—, pero debo admitir que no sé mucho acerca de los ángeles... A partir de ahora me pondré a estudiar cuanto se haya escrito sobre ellos, te lo prometo... Quiero saber muchas cosas, así que no te extrañes si esta noche me la paso dando vueltas a tu alrededor mientras tomo apuntes en mi cuaderno de notas.

—¿Un vampiro necesita tomar apuntes?

—Bueno, es que soy un vampiro muy inteligente, y por ello muy estudioso, no soy como esos pesados del cine, ni como esos capullos de Transilvania y por ahí... Seguro que te parezco más encantador que todos ellos, ¿no?

—No, la verdad es que no te pareces a ellos —dijo la chica, burlona— Pero un ángel y un vampiro... no sé yo si casan bien, parece una combinación un poco rara.

—Podemos intentar convertirnos, tú a mí y yo a ti... —dijo Henderson—, Y, mira, después de todo, me da la impresión de que tienes algo diabólico... Esa capa negra que llevas, por ejemplo... Una capa negra sobre tu vestido de ángel... Curioso... Un ángel negro, un ángel de la oscuridad, ya sabes, todos esos rollos... Aun siendo tan celestial tienes una pinta de lo más mundana.

Henderson estaba entusiasmado, las ideas le llegaban como un ciclón. También los pensamientos, y los recuerdos. Sin dejar de hablar, evocaba conversaciones al respecto en las que siempre se había mostrado como un consumado escéptico.

En cierta ocasión, por ejemplo, había dicho que no existía ni podía existir eso que se llama amor a primera vista, que era una cosa de las novelas y del teatro, que necesitan de lo que sea con tal de desarrollar una acción. Sostenía igualmente que la gente, en realidad, aprende del amor en esas novelas y en esas piezas teatrales tan ilusorias, por lo que acaban creyendo todos en la falacia del amor a primera vista, cuando en realidad lo único que hay es un deseo.

Pero Sheila... Aquel ángel rubio... Sheila parecía haber llegado hasta él para espantarle todas sus ideas al respecto, además de rescatarlo de la preocupación que había observado poco antes a propósito de su posible borrachera y el miedo que inspiraba a los demás con su inocente capa de tienda de disfraces. Sus blancos brazos, sus labios rojos, sus ojos azules... Todo aquello era real. Ya estaba bien de espejitos en los que no se veía, ya estaba bien de sus sensaciones de borracho.

Puede que en sus ojos se reflejaran de algún modo aquellos pensamientos.

—Bueno —dijo ella con un suspiro—, espero que tus estudios te resulten provechosos.

—Sí, seguro; me desvelarán los misterios de todo esto... Pero hay algo que me gustaría saber, algo que, supongo, está relacionado con la divinidad... ¿Bailan los ángeles?

—¿Por qué no? ¿Pasamos al salón?

Entraron del brazo. Felices, todos los que allí estaban bailaban entre risas. Corrían con generosidad las bebidas espirituosas y, al poco de hacer ellos su entrada en el salón, los demás fueron apartándose para conversar en grupos pequeños. Lo propio de estas fiestas. Aquella atmósfera, que Henderson detestaba, se manifestaba una vez más tal cual es.

Quizá, además, fuera que el mero hecho de llevar aquella capa sobre los hombros hacía más adusto y sarcástico a Henderson. Y que eso acrecentara su palidez y que lo lleva-